

## El vuelo de la libélula

Fernando Iwasaki  
www.fernandoiwasaki.com

Mientras la azafata demostraba con indiferencia ministerial cómo hacer uso de la mascarilla de oxígeno en casos de despresurización, Macarena pensó si se habría visto en los mismos trances de haber sido aeromoza en Iberia. Las azafatas tenían fama de ligonas y sobre todo de guapas, aunque todo ello se le antojaba más ruido que nueces. De hecho, esa niña que fingía soplar el chaleco salvavidas era más bien bastorra, llevaba unas medias súper ordinarias, iba más coloreada que un payaso, tenía pinta de fulana, su esmalte de uñas era horroroso y encima se teñía el pelo; pero seguro que luego no le faltarían hombres alrededor ni pretendientes con quien casarse antes de cumplir los 35. ¿Qué edad tendría esta «Miss de los Polígonos»? No importaba. Aunque se casara antes que ella no habría una soltera más, sino un hortera menos. Y le entraron arcadas de tanto mirar un lecho de nubes que le pareció nata de cielo, moho celeste, musgo del mundo.

Sin embargo, Macarena estuvo soñando despierta un momento, imaginándose de una metrópoli a otra y siempre atendiendo a los pasajeros de primera clase, porque a ella nunca le habrían mandado servir coca colas en clase turista.

Las líneas aéreas -pensaba- tenían que ser como la Obra, donde todos eran muy cristianos a la hora de darse la paz, pero después cada uno en su sitio. ¿No era ella *fluent in English*, la *première* en francés y *maravigliosa* en italiano?, ¿acaso los idiomas de la mayoría de las azafatas no eran súper ordinarios, aprendidos en academias zarrapastrosas o haciendo sabe Dios qué con extranjeros de apellidos desconocidos? En cambio, Macarena desde pequeña había estudiado inglés con las monjas irlandesas, quienes cada verano organizaban bucólicas vacaciones en Dublín, donde siempre coincidía con sus amigos de Jerez, Marbella, el Puerto, Sanlúcar, Pineda, Sotogrande y Sierra Nevada. El problema es que aquellos veraneos eran más aburridos que los guateques del Opus.

Para empezar, los chicos ligaban con unas irlandesas impresentables en lugar de prestarles mayor atención a las niñas de la pandilla, quienes después de todo eran sus amigas de toda la vida. Sí, pero por lo visto no para toda la vida, pues la mayoría de los niños del grupo terminó casándose con las hijas de los políticos más pelagatos, con la primera hortera que conocieron en la universidad o con unas niñas de pueblo que se dejaron hacer una barriga y que encima eran súper ordinarias. Se portaron como unos cretinos -sí, señor- aunque los solteros que quedaron eran más cretinos todavía.

Macarena rechazó los caramelos y las bebidas que le ofreció la sobrecarga, cuya inquietante proximidad le infligió el olor empalagoso de las colonias de las rebajas. Encendida por una perversa chispa de felicidad, se regodeó pensando que uno solo de sus perfumes valdría más que todo el sueldo de aquella cateta, mas la expresión se le avinagró cuando reparó en la infructuosa fortuna que había dilapidado en fragancias y esencias de inofensiva hechicería. Qué cara pondría en ese instante, que la «Miss de los Polígonos» se atrevió a sugerirle que podía vomitar en la bolsita que estaba en el bolsillo del asiento delantero. No había dudas: era súper ordinaria.

La verdad es que Macarena estuvo a punto de casarse en dos oportunidades, pero la primera vez la dejaron plantada y la segunda -eso sí- quien dio el plantón fue ella. Nunca logró convencer a su madre de las poderosas razones que la llevaron a dejar en la estacada a ese novio recibido como una milagrosa intercesión de Santa María Goretti, pues sólo Macarena sabía que lo había plantado para que nadie le tuviera lástima o para que nadie creyera que se conformaba con las pedreas de la lotería. Eso jamás. Javierito fue el secreto instrumento de su venganza y le importaba un pepino lo que runrunearan en los tendidos. En cambio, quien sí era una mierda pinchada en un palo era el asqueroso de Alfonsito.

Se pusieron de novios aprovechando un viaje a Madrid, durante la primera visita del Papa, y desde ahí sus vidas se entrelazaron *más fuerte que la hiedra*, como decía un bolero que le encantaba a su abuela. Alfonsito era brutísimo y por aquella época ni siquiera había terminado el bachillerato, que para colmo cursaba en el instituto del pueblo más próximo al cortijo de su padre. Así, mientras ella concluía la licenciatura en derecho, Alfonsito era rechazado por la Universidad de Navarra, adonde había llegado con mil bendiciones y recomendaciones. Macarena sonrió al recordar las premonitorias palabras del rector: «Si este niño acaba alguna carrera, será otro milagro de Monseñor». Pero claro, entonces el rector le pareció un señor súper ordinario.

La familia decidió matricular a Alfonsito en una universidad americana para que volviese con un máster de verdad, completamente *fluent in English* y listo para casarse con Macarena, quien ya había encargado a Italia bruñidos catálogos que deslumbraron a modistas y diseñadores. Pero a medida que pasaban los años la boda empezó a oler a velatorio: el máster se difuminaba como un espejismo, el inglés del novio sonaba muy turbio y el casorio se había vuelto un chiste cruel. En realidad, nadie sabía qué estudiaba Alfonsito ni por qué cada verano su castellano era más raro. Fue la abuela, admiradora de «Los Panchos» y Jorge Negrete, quien se dio

cuenta: «Macareni, este niño está hablando como Cantinflas», le dijo.

De pronto el avión entró en una zona de turbulencia y relampaguearon las luces que aconsejaban enderezar los asientos, abrocharse los cinturones y cerrar la mesa plegable. Macarena ejecutó esas recomendaciones con la inconsciente docilidad de los sonámbulos, hasta que vio de nuevo a la azafata culirrespingona y se puso de los nervios. Había descubierto que la despreciaba porque era el tipo de mujer que le hubiera gustado a Alfonsito.

Primero recibió una carta en la que le expresaba unas rudimentarias dudas existenciales, y al poco tiempo advirtió que la familia de Alfonsito ya no la invitaba a merendar los fines de semana. Los chicos de la pandilla bromeaban en voz baja y muy pronto notó que todo el mundo la miraba con expresión melancólica. Aquel verano Alfonsito no acudió a su cita anual y más bien le mandó una parca postal donde le decía que deseaba romper y anular todos los compromisos. Macarena lloró como Alicia expulsada del País de las Maravillas, hasta que le contaron que su ex-familia política se había trasladado a Miami para asistir al bodorrio de Alfonsito con una *sudaca* ricachona que conoció en la universidad ("Es la hija del Rey de los Tacos Precocinados", le dijeron, y entonces pensó que un hombre que era capaz de precocinar los tacos tenía que ser

súper ordinario). Había hecho el primo y fue la última en enterarse. Le entró tal acceso de tos que la «Miss de los Polígonos» le alcanzó un par de bolsitas más, por si acaso.

Al principio creyó que el guarrísimo de Alfonsito debía ser una suerte de Príncipe Rainiero para esa *sudaca* corsaria y filibustera, mas resultó ser al revés, ya que el muy espabilado había metido el braguetazo del año: sin estudios, sin carrera y sin trabajo, Alfonsito empezó a vivir como un marajá a expensas de su familia política, y a salir en todas las revistas celebrando unas orgías que le recordaron los peores versículos del Apocalipsis. Macarena ni siquiera consiguió el premio consuelo de la hidalga lealtad tribal, pues toda la pandilla estaba feliz trincando del bolsillo de aquel manirroto mecenas del tequila y la vagancia. Por ello engatusó y plantó al gilipollas de Javierito, para que nadie creyera que estaba dispuesta a casarse con cualquiera con tal de que no se le pasara la misa.

Entonces sus padres le sugirieron que se hiciera numeraria o que cursara otro máster en Estados Unidos, mas ni lo uno ni lo otro le interesaron en lo más mínimo. Sus dos frustrados noviazgos la habían devuelto al mundo cruel de la oferta y la demanda, ahí donde el neoliberalismo sexual y la competencia de niñas más jóvenes y descocadas distorsionaban los principios ordenadores del mercado sentimental. ¿Dónde

encontraría un chiquito que fuera educado, decente y de muy buena familia; que apreciara su clase, su apellido y sus necesidades sin tener en cuenta su edad, su historia y su mala idea, y que además tuviese categoría, rancio abolengo e intonso el prepucio?

De entrada lo buscó en las carreras de caballos, en las barreras de las plazas de toros, en las más exclusivas casetas de feria y en cuanta recepción se terciara para involucrarse de pieles, vestirse de seda o alicatarse de joyas. Más tarde aprovechó la influencia de un pariente del Ministerio de Asuntos Exteriores, quien le organizó una *tourné* por las embajadas que contaban con funcionarios solteros, y a quienes su tío rogaba que la atendiesen como una reina. Así emprendió dilatados viajes durante los cuales conoció a otras «Misses del espacio», y a un género de escurridizos hombres que jamás se atrevieron a dirigirle una sonrisa pícaro o una mirada pecaminosa. Demasiado diplomáticos, tal vez, aunque se había dado cuenta que también preferían a las horteras, las catetas y las niñas. Como la azafata ésa, súper ordinaria, que cada vez que pasaba le señalaba dónde estaban las bolsitas del vómito.

Con el tiempo Macarena comenzó a frecuentar las puestas de largo de sus primas, de las amigas de sus primas y de las hermanas pequeñas de las amigas de sus primas, paseando su

estampa de muñeca triste y llevando unos escotes cada vez más amplios que ruborizaron a su director espiritual. Y así fue como empezaron a rondarla los casados y los divorciados, los viejos verdes y los viejitos gagá, atraídos por esa aureola carmín que irradiaba perversión y soledad. De ahí que acabara de numeraria, porque era mejor no corromper la virtud, que tener la virtud de corromper. Algo así decía su abuela.

De las entrañas de la cabina surgió una voz acaramelada que anunciaba el aterrizaje, y Macarena pensó que al fin y al cabo era feliz. Su imagen social era intachable, sus necesidades más elementales ya estaban cubiertas, y desde que publicó el anuncio en aquella revista no le faltaron fugaces momentos de alegría que atemperaron su vicaria existencia. Eso sí, por lo general tenía que volar de un lado a otro, pero en los aviones se distraía leyendo cuanto caía en sus manos y a veces hasta aprendía cosas muy interesantes, como esa curiosa ceremonia nupcial de las libelulas, capaces de atravesar cientos de kilómetros en busca de sus amantes.

Aquel fin de semana le tocaba estar en Bilbao, donde al menos pasaría unos días intensos de unción y convivencia. Le conmovía un piadoso hormigueo de turbación, mas sobre todo la inminencia del encuentro con Patxo, un camionero de Vitoria a quien conoció gracias al anuncio. Al descender del avión miró de reojo a la azafata y le invadió un cierto remordimiento



que reservó para sus más íntimas contricciones. Después de todo ella también tenía una pulsión horterilla, porque en medio del rojizo resplandor de la habitación le volvía loca que Patxo le pidiera un «aliño guarro en la chistorra», y que le cantara una canción súper ordinaria que decía algo así como *Dale a tu cuerpo no sé qué, Macarena...*

*El vuelo de la libélula (de Un milagro informal)*

**FERNANDO IWASAKI** (Lima, 1961): Es autor de las novelas *Neguijón* (2005) y *Libro de mal amor* (2001); de los ensayos *Mi poncho es un kimono flamenco* (2005) y *El Descubrimiento de España* (1996); de las crónicas reunidas en *La caja de pan duro* (2000) y *El sentimiento trágico de la Liga* (1995), y de los libros de relatos *Helarte de amar* (2006), *Ajuar funerario* (2004), *Un milagro informal* (2003), *Inquisiciones Peruanas* (1994), *A Troya Helena* (1993) y *Tres noches de corbata* (1987), entre más de quince títulos. Desde 1985 reside en Sevilla, donde dirige la revista literaria *Renacimiento*. Más información en [www.fernandoiwasaki.com](http://www.fernandoiwasaki.com).